

La autora y su personaje

Eligio Coronado

¿Puede un autor convivir con su personaje en un plano espacio-temporal, es decir, más allá de la página donde el primero ha creado al segundo, y realizar acciones que involucran y afectan a ambos por igual?

Ya en 1907, el español Miguel de Unamuno había creado un personaje (Augusto Pérez) que, debido a la desdichada existencia que aquél le había impuesto, decide suicidarse, pero antes viaja a Salamanca para increpar a su autor y hasta lo amenaza de muerte (*Niebla*, cap. xxxi, 1914).

Más de un siglo después, la dramaturga Ana Díaz Sesma (Ciudad de México, 1968) retoma la idea en su obra *Final feliz**, sólo que aquí la autora (a través de su heterónima Antonia) trata de encauzar a su personaje (Marina) hacia un mejor destino: enviarla a vivir con una hermana en Irapuato.

Marina es una prostituta que vive con su amante (Macuano), un inverosímil mecánico desempleado que vive de ella y que tiene sueños guajiros (o de grandeza): “Quiero una pinche casa con las puertas doradas, como las residencias bien acá de los ricachones” (p. 196). Fiel a la idiosincrasia de su nivel social, este sujeto, además de mantenido, es muy delicado: “Mejor (...) me voy a un lugar donde aprecien lo que valgo” (p. 199).

Pero el personaje que nos importa es Marina la cual, a diferencia del personaje de Unamuno, no guarda resentimiento alguno contra su creadora (Antonia) por el destino asignado: “es que ya me acostumbré a esto. Y por cierto, yo nunca te pedí que me ayudaras” (p. 203).

Marina vive en un cuarto de motel y allí la visita Antonia quien, sobre la marcha, al tiempo que escribe (crea) a aquella como personaje de novela, trata de corregirle (en vivo) el desenlace: “deberías de estar feliz de que alguien, o sea yo, te dé la oportunidad de cambiar tu situación” (p. 203).

Pero Marina, inopinadamente, se niega a abandonar a su amante: “Si me conocieras siquiera un poquito, sabrías que la nueva vida que me tienes preparada, no es para mí. Me voy a morir de tristeza lejos del Macuano” (p. 212). Pero Antonia insiste: “Entiende que tu único destino es Irapuato y el del Macuano la cárcel. ¿Se te olvida el poder que tengo para encerrarlo tras las rejas el resto de su vida?” (p. 217).

Macuano se convierte así en el personaje secundario que afecta el comportamiento de Marina al grado de hacerla enfrentar con su creadora (como Augusto Pérez a Unamuno),

pero al final Antonia se impone: “Si te has empeñado en hacer tu voluntad sin tomarme en cuenta, yo lo único que puedo hacer es apresurar el desenlace” (p. 228).

Al final, Marina sale a Irapuato para vivir con su hermana y Antonia, ignorante aún sobre el derrotero que tomará la vida de su personaje, le pide a su editora más tiempo para entregarle el manuscrito: “Ya no estoy tan segura si el final que nos espera es el mejor (...). Es sólo que tengo que encontrar otro final. Tal vez uno feliz” (p. 231).

¿Por qué Ana Díaz Sesma se preocupa tanto por su personaje (Marina) y Unamuno no? ¿Será que ella como mujer entiende todo lo que implica el hecho de dar vida a un ser, aunque éste sea literario? ¿Es más limitado el sentimiento paterno que el materno? ¿Son más responsables las mujeres que los hombres?

Ana Díaz Sesma. *Final feliz*. En *Obras del taller de dramaturgia de Estela Leñero*. Estela Leñero, comp. Monterrey, N.L.: Libros de Godot / UANL, 2011. 3v., Fot. (v.2, p. 192-231).